

CUENTOS DE MI TIERRA

ALMA VASCA

I

Camino poco extenso pero de difícil acceso separa á los dos caseríos. Ambos ocupan las últimas estribaciones de la Sierra de Aitzcorri dando vista á Cegama, bañando sus pies cristalinas corrientes que buscan las aguas saladas por el anchuroso cauce del Oria.

Pero lo que la mano del hombre no trató de conseguir, ni la naturaleza por si se mostró propicia en conceder, amor que todo lo puede logró obtenerlo, sembrando lazos y multiplicando eslabones entre los caseros de Añeru y Urtupiña.

Las estrecheces de los pasos, nunca son trabazones para voluntades que quieren unirse, los impedimentos de las breñas y el acantilado de las rocas, oponiendo resistencia á las comunicaciones materiales, no atesoran fuerza suficiente para dificultar vínculos de amistad ni dulces ligaduras de cariño y el casero de Añeru ansiaba prisiones en Urtupiña, donde á su vez alguien se recreaba en idénticos anhelos y volaban los pensamientos burlando los obstáculos del terreno, sin hilo conductor, ni fuerza eléctrica de transmisión, que para nada sirven artificios de la industria donde Dios puso ojos para mirar y corazón para sentir.

Y á fé que *Peru* y *Antoñi* gozaban con exceso de tan benéficos dones, si bien las alegrías del querer turbadas estaban en parte por amarguras del porvenir y congojas del presente, *Peru* no acudía al trabajo, rebosando satisfacción como en épocas no lejanas, antes al contrario, melancólico y tristón, buscaba el pobre mutil á la casera de Urtupiña que á su vez devoraba angustias de muerte y aflicciones incontables.

Su *Peru*, el pobre *Peru*, gentil en su porte, hercúleo en sus fuerzas, armónico en sus cantos que envidioso repetía el eco en las montañas de Marinomendi, iba á cumplir la edad prescrita para el tributo de sangre y *Antoñi* veía en ello un peligro para el objeto de sus amores, un riesgo y daño irreparable á la bondad de su amado y como en su corazón no podía anidar la venganza, ni la nube de un mal deseo obscurecer su semblante, jamás sus labios maldijeron al envidioso hurta-dor que en día nefasto robara al país el secreto de la felicidad abriendo puertas francas á la corrupción y el desenfreno.

Y la bellísima *neska* de cabellos de oro que si diestra era en los manejos del caserío, en cultivar el campo y recorrer los robledales vecinos, solícitos en prestarle alimento para el hogar, no menos atesoraba riquezas de virtudes y voluntad de acero como las entrañas de su país, formó inapelable resolución, acuerdo íntimo, tan indestructible como secreto, de sembrar con su trabajo flores y palmas en el camino de abrojos y espinas de su mutil adorado.

Dejó las poéticas nieblas que vestían el blanco almacén de Urtupiña, parecía que olvidaba cariños de hija, amores de prometida, atractivos de amistades, y sola, sin otra compañía que el recuerdo de la Virgen que desde Aranzazu la cobijaba bajo su manto, salió de la estación de Otzaurte tan asombrada de sus propias iniciativas, como de aquella fuerza con alas de monstruo, que le arrebatava con rapidez desconocida, de las corrientes del Oria, la blanca carretera de Segura y los picos de sus montañas atrevidos galanes que besaban el Cielo.

Y no fué Zumárraga el término de su viaje, el espíritu la llevaba mis distante, los anhelos le prestaban fuerzas desconocidas, arrestos de heroína; llegó ai pie del río Urola y en aquel establecimiento que el lujo y el contort ha levantado para devolver salud á los enfermos y proporcionar distracciones á los sanos, la casera de Urtupiña, cambiaba la airosa toca de colores chillones, por la ridícula cofin que se avergonzaba de cubrir panes de oro, que no cabellos eran los de la simpática *Antoñi*, desapareció la saya corta para dejar plaza al severo traje negro,

y aprisionó sus pies, por lo general desnudos, el duro calzado de las capitales.

Y allí dió comienzo el martirio de una alma vasca. Dificultades de expresión en el lenguaje, peligros mil en sus bellezas físicas, tormentos en lo pasado, dolores en los recuerdos mitigados al fin por el ideal del objetivo y los auxilios del cielo.

Por algo la Virgen de Aranzazu no olvidaba á la nueva camarera del Balneario de Cestona.

II

En aquel domingo del Rosario, como en años anteriores, decidíase el campeonato de los *palankaris* de Cegama, previas rigurosas pruebas y apasionadas apuestas, de las que como digno remate se proclamaba la Reina de la fiesta en favor de la afortunada casera, dueña del corazón del mejor de los jugadores de barra del contorno.

Y la curiosidad de los vecinos que se espaciaban por las riberas del Oria, aumentaba en aquel entonces por contarse entre los concurrentes el casero *Peru*, de cuya habilidad en volar barras nadie con anterioridad tenía noticia.

El primer premio del año anterior, tomó con sus manos la *voleadora* y en el concurso *á pecho y á pie firme*, la agitó semi-circularmente y arrojándola lejos de sí alcanzó una distancia de 118 pies y algunas pulgadas.

Según rezaban las notas del archivo del pueblo, se había excedido á todos sus antecesores.

El casero de Añeru no se entristeció por el resultado.

Como nuevo Aquiles, puso á contribución su vigorosa musculatura y envidiable constitución y emulando glorias cantadas por Homero y Virgilio dió fuerza á la barra en línea vertical, sumando sobre su contendiente una ventaja de más de diez y seis pies..

En la prueba á la *media vuelta* alcanzó éxito parecido y habida cuenta de uno y otro triunfo, la palma de la victoria se decidió en su favor. Faltaba por averiguar, cual era la neska de sus amores.

Nadie sospechaba que Antoñi la camarera de Cestona cuyo paradeo era perfectamente conocido en Cegama, pero cuyos pensamientos é

intenciones se ignoraban, lograra conservar recuerdos y afecciones en el mutil de Añeru pero á pesar de tan razonable escepticismo, el nombre de Antoñi sonó en los labios del nuevo Hector, quedando asegurada su soberanía en el juego de los palankaris y en el corazón del honrado casero.

.....
.....

La fortuna la conducía á saborear su triunfo. Llegó en los momentos solemnes del vencimiento, cuando su adorado mutil, se empinaba como un cedro después de quedar señor del campo con la victoria conseguida, cuando se celebraban con alegría sus loores, y la casera de Urtupiña que había corrido tormentas sin naufragar en ellas, que le era familiar oponerse á las corrientes de halagos y promesas ofrecía nuevamente su corazón al vencedor de Cegama

Pero algo más traía consigo: su trabajo y los donativos de almas caritativas, habían formado un pequeño capital, el precio de la redención de *Peru* del servicio militar, lo necesario para evitar ausencias de muerte y peligros incontables, el fruto bendito de un alma vasca, fuerte como la roca, pródiga sin tasa, pujante en los sinsabores, llena de confianza en las desgracias, plétórica de alientos, estímulo de alegrías innumerables y regocijos sin fin.

Con los embelesos de los enamorados caseros, otros seres también se regalaban..... La Virgen de Aranzazu participaba de divinos recreos y goces inefables.

JOSÉ M.^a GONZÁLEZ DE ECHÁVARRI.